María Elena Walsh

ARTE POÉTICA

Rarísima, desesperada
complicidad de los papeles.
Es muy lindo decir naranja
pero la tinta cómo duele.
Cuánta fatalidad nos hace falta.
Yo no sé cómo hay gente que se atreve.

Me olvidaría de vivir
pero aprendí cómo se muere:
clavándose una lapicera
en el amor a la intemperie
o resbalándose memoria abajo
sin paliativos, infinitamente

Y me pregunto para qué.
No hay apariencia que conteste.
Al fin y al cabo me pondría
a hacer espuma con laureles
y cambiaría la posteridad
por una basurita, por un peine.

Hace tiempo que tengo ganas
de decírselo a mucha gente:
sepan que callo de certeza
y que fallezco de obediente,
y que no tengo la menor idea
y que me desespero para siempre.

Cuánto más cómodo sería
imaginar entre los peces,
disimular como el rocío
todo delito transparente,
colaborar con intachables piedras
o llamar por teléfono, o que espere.

Hasta cuándo podré durar en un empleo tan urgente,
tan frágil, sin escapatoria,
escarbando lo que sucede

en zonas sumergidas donde todo
se quiere arrepentir pero no puede.

La verdad es que soy testigo
de festividades solemnes,
que padezco una colección
de musicales intereses,
que ríos y manzanas me autorizan
y estoy a cargo del color celeste.

Pensar que no sabremos nunca
qué pasa dentro de las nueces.
No me pregunten. Con locura
y con el permiso de ustedes
me voy a agonizar otro poquito
con las palabras. Hasta que me lleven.

BALADA DE LOS VERANOS

Canción que me recuerdas el verano,
sus lejanísimos amaneceres.
Vuelves como el olor a infancia,
de los mismos jardines vuelves
y subes a mi corazón
a resonar antiguamente,
despertando en su sueño y su vigilia
el eco de las cosas más solemnes.

Qué voz te habrá dejado así, perdida
entre las otras voces, cuando llueve,
para que a mi sangre, de pronto,
a latir gozando regreses,
llena de inusitadas hojas,
húmeda de cordiales fuentes;
para que seas resplandor caído
de todo este milagro permanente.

A ríos, a montañas, a ciudades,
a ventanas abiertas me devuelves,
a un barco blanco detenido
en una bahía celeste,
a la nostalgia en alta mar
bajo las nubes de diciembre,
a caras, a perfumes, a silencios,
a aquel remordimiento que más duele.

Fuiste estrella recóndita en la noche
primera del amor adolescente, y al amparo de tu armonía
sus sombras fueron más alegres.
En todo me reconocías
y seguiré reconociéndote
como la confidencia de un verano
que es todos los veranos para siempre.

Quiero que permanezcas todavía
fiel en mi corazón como la muerte,
apareciendo, inesperada,
en el cansancio de mi frente.
Que me devuelvas el imperio
de los jardines inocentes,
que olor, rumor, sabor de infancia muerta
resuciten contigo tantas veces.